

UNA MIRADA COMUNICACIONAL SOBRE LAS FÁBRICAS AUTOGESTIONADAS RIOPLATENSES

Daniel Badenes
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)
dani@badenes.com.ar

Resumen

Frente a cierres de fábricas resultantes de un modelo de acumulación asentado en la valorización financiera, colectivos de trabajadores han recuperado sus fuentes laborales mediante la autogestión de empresas que antes los empleaban. Con matices, esto ha ocurrido en Argentina, Uruguay, Brasil y otros países latinoamericanos.

Mientras buena parte de los estudios sobre el tema privilegian aspectos económicos o jurídicos, u observan lo vivencial pero centrados en el acontecimiento disruptivo de "la toma", esta investigación analiza los procesos de autogestión desde la mirada de la comunicación/cultura. Captar la densidad y la complejidad de las prácticas culturales de producción de sentido aporta a la comprensión de estas experiencias, que implican la ruptura de un "habitus salarial", la redefinición de identidades y la aparición de nuevas formas de politicidad, lazos de solidaridad y prácticas comunicativas y formativas emergentes.

Este *informe de investigación* expone algunos de los principales núcleos teóricos y metodológicos de la Tesis de Licenciatura "Comunicación e identidad en fábricas recuperadas-autogestionadas" (2005), vinculada al proyecto de investigación "Reterritorializaciones emergentes. Nuevas formas de politicidad e identificaciones constitutivas de sujetos" (2003-2006), dirigido por Alfredo Alfonso y coordinado por Magalí Catino.

Palabras clave: fábricas recuperadas – autogestión – comunicación – identidad – politicidad

Vivimos un tiempo de *crisis*. Vivimos en *crisis*. Ese concepto, que en el pasado era cercano al de *criterio* y aludía a un momento de decisiones, refiere hoy a un "estado de indeterminación o indecisión, de ignorancia con respecto al curso de las cosas y de incapacidad de impulsarlas en la dirección deseada..."; cuya profundidad es tal que "la percepción de crisis precede a la conciencia de la normalidad" (Bauman, 2001: 149-150). Es decir: no se trata simplemente de una etapa de turbulencias económicas. Han estallado certezas culturales propias de la fase *sólida* la modernidad (Bauman, 2003) y pierden verosimilitud saberes que guiaban nuestra vida cotidiana, el trabajo, el modo en que habitamos el mundo y le damos un significado a nuestra existencia. Esta crisis generalizada de las sociedades occidentales contemporáneas (Castoriadis, 1997) se acentúa por los desplazamientos que provoca la globalización, que debe ser entendida no sólo como un proceso de reorganización del sistema económico a escala global, sino también como un *proyecto político*, en tanto hay intereses, estrategias y acciones concretas que han pugnado por la transnacionalización de las economías bajo el signo de un "fundamentalismo de mercado". En América Latina, en el marco de la redefinición neoliberal de

la relación Estado-Sociedad, la licuefacción o el derrumbe de la legitimidad de sujetos, identidades, representaciones y formas de acción propias de una institucionalidad moderna sólida, ha sido acompañada por la emergencia de movimientos sociales que forjan prácticas alternativas e insinúan la constitución de nuevos sujetos sociales. Los ejemplos son tan vastos como originales y complejos. El Movimiento de los Sin Tierra brasileño, la experiencia del zapatismo en México o el indigenismo boliviano (a cuyo proceso está vinculada la reciente consagración del primer presidente aborigen), plantean como novedad “la resolución de necesidades sociales sin tener el carácter de revolucionarios y/o totalitarios”, en el sentido de aspirar a una toma del poder para subvertir el orden social. En cambio, “se trata de microdisidencias comunitarias, que tienen distintas respuestas y actitudes frente al poder. Otorgando nuevos sentidos de subjetividad política y social, aunque guardando, por otro lado, una especificidad identitaria característica de las formas concretas de organización y lucha de dichos procesos” (Alfonso y Catino, 2002: 144-145). Aunque algunas no porten objetivos políticos declarados, carezcan de racionalidades “orientadas y finalizadas” o sólo reivindiquen demandas puntuales o volátiles, “estas grupalidades erosionan desde los márgenes al sistema, alteran las formas de ejercicio del poder, reinventan los códigos de la comunicación a través de expresiones novedosas” (Reguillo, 1996: 88). En Argentina, el estudio de esta “nueva generación de movimientos sociales” (Zibechi, 2003: 38) suele tomar como caso emblemático a los movimientos piqueteros. No obstante, la recuperación de fábricas mediante la autogestión puede considerarse otro de los procesos colectivos que crean y recrean prácticas novedosas. Del mismo modo que John Holloway y Raúl Zibechi (2003) caracterizan a las organizaciones de desocupados (piqueteros) como una experiencia de “zapatismo urbano”, la canadiense Naomi Klein ha considerado al movimiento de fábricas recuperadas-autogestionadas (1) como la urbanización de la propuesta del Movimiento Sin Tierra de Brasil (Lavaca, 2004). Por sí solas, ambas comparaciones tienen un sentido más metafórico que explicativo –sin desdeñar el valor epistemológico de las metáforas, en tanto “artificio literario, pero también vía lateral para aproximarse a lo oculto en la opacidad de lo real” (Waldman, 2005)–. En este caso, interesa lo que esas metáforas señalan y advierten, a saber:

1) Más allá de sus particularidades, el zapatismo, los Sin Tierra, los piqueteros y los colectivos de trabajadores autogestionarios –entre otros– coinciden en conformar grupalidades emergentes que expresan la crisis de ciertas instituciones y prácticas de los sólidos *tiempos modernos*.

2) Existen en la historia de América Latina procesos sincrónicos, que se han producido “desde la consolidación de los imperios coloniales hispano y portugués” y llegan hasta nuestros días, con las recientes dictaduras neomonetaristas y la posterior implantación de “democracias” que convivieron con modelos de ajuste neoliberal (Argumedo, 1996: 159). Esto genera una obligación epistemológica: así como no debemos desconocer las especificidades de lo local, tampoco podemos dejar de lado que la región vive procesos en común. El

Primer Encuentro Latinoamericano de Empresas Recuperadas (Caracas, octubre de 2005) evidenció que este fenómeno social tiene expresiones en al menos ocho Estados, aunque su dimensión latinoamericana ha sido escasamente observada por el periodismo y la academia.

Los países donde la recuperación de empresas mediante la autogestión es más relevante, en términos cuantitativos e históricos, son los rioplatenses. Precisamente, cuatro casos argentinos y tres uruguayos son los referentes empíricos de la investigación comentada en este informe, desarrollada en la Tesis de Licenciatura *"Comunicación e identidad en fábricas recuperadas-autogestionadas"* (2005) y en el marco del proyecto *"Reterritorializaciones emergentes. Nuevas formas de politicidad e identificaciones constitutivas de sujetos"* (2).

La exploración

En las instancias iniciales del proceso de investigación se diagnosticaron dos falencias en el *estado del arte*:

– En primer lugar, que la mayoría de los estudios previos habían priorizado aspectos jurídicos y económicos del problema. Así, el estudio que se proyectó, enfocado en las prácticas socioculturales y las construcciones de sentido de los trabajadores acerca de su identidad, implicaba la exploración de un aspecto poco conocido.

– En segundo lugar, que quienes sí habían pensado el proceso desde el lugar de la cultura, atendiendo a las vivencias de los trabajadores, tendían a mirar sólo las etapas iniciales. Sucumbían a la tentación de apropiarse de la lógica espectacular del periodismo, diría Rossana Reguillo (en Grimson, 2004: 266-267): la mirada estaba puesta en acontecimientos disruptivos, que cosecharon cierta visibilidad mediática, como "las tomas" o las ocupaciones. También aquí la propuesta fue otra: mirar el proceso de autogestión, muchas veces in-visible para el ojo de los medios, pero fundamental para la constitución de nuevos sujetos, identidades, prácticas y relaciones de poder.

A eso se sumaba que, como se trata de un proceso social instalado en la escena pública en tiempos recientes, era –y es aún– un problema poco investigado, en especial desde enfoques socioculturales. Ese punto de partida condicionó la profundidad de la investigación, obligando a proponerse un estudio *exploratorio*, que a juicio de sus evaluadores "podría inaugurar un campo de investigación para futuras tesis que aborden aspectos específicos" (3).

Lo "exploratorio" aparece aquí con más de una acepción. Una, referida a los niveles de profundidad que algunos metodólogos de la investigación social han clasificado (Samaja, 1997: 250-251) para dar cuenta de la relevancia de los interrogantes planteados y los esfuerzos en la búsqueda de respuestas posibles y viables. Pero se trata también de una metáfora: la propuesta de pensar al sujeto que investiga como un explorador.

El explorador sería *aquel que admite la sabiduría de perderse*, y algo de eso tiene la investigación en comunicación, "entendida como una mirada abierta que no teme a las incertidumbres sino que, al contrario, las convierte en el punto de partida de la construcción de conocimientos", donde "la vocación por preguntar y preguntarse es una de las

coincidencias fundamentales” con el periodismo (Badenes, 2005: 7). Esta postura se convierte en una actitud de disenso y resistencia, en tanto entendamos, como Castoriadis o Bauman, “que el problema de nuestra civilización es que dejó de interrogarse” (Bauman, 2001: 14).

Habría una tercera razón que nos hace exploradores: la auto-reflexión sobre la propia tarea de investigar. Como dice Galindo Cáceres (1998: 24), “un investigador también es un explorador de su oficio, además de un explorador de los mundos sociales”. Desde esa posición, enfocado en procesos autogestionarios y situado en la comunicación/cultura, el campo de la investigación se inundó de preguntas: “¿qué transformaciones genera la autogestión de la producción en los significados que los trabajadores atribuyen subjetivamente a su trabajo? ¿De qué formas aparece lo político en ese mundo laboral? ¿Cuáles son las prácticas de comunicación emergentes en el “nuevo” espacio de trabajo? ¿Qué sentidos construyen acerca de su(s) identidad(es)? ¿Cómo comunican los sujetos esas identidades? ¿Qué y cómo pueden aportar los comunicadores sociales a las experiencias de las fábricas recuperadas-autogestionadas?” (Badenes, 2005: 11).

En la búsqueda de algunas respuestas parciales a esos interrogantes, se recurrió a:

- 1) Análisis de la bibliografía existente sobre el tema, que actualmente se ha incrementado e incluye una decena de libros, algunos cuadernillos e incontable cantidad de ponencias, artículos académicos y notas periodísticas.
- 2) Observación participante en una empresa tomada como referente empírico; y
- 3) Realización de doce entrevistas en profundidad con trabajadores de fábricas uruguayas y argentinas (un molino, una fábrica de neumáticos, una textil, una papelera, una empresa de reparaciones industriales y dos metalúrgicas), y otras tres con referentes del fenómeno que actuaron como *informantes clave*.

La metodología utilizada en el trabajo de campo –al que se refieren estos últimos dos puntos– fue cualitativa, pues lo que se buscaba era comprender e interpretar sentidos en procesos complejos. La observación participante y las entrevistas proveyeron materiales diferentes pero complementarios. La mayor parte de lo recabado fueron enunciados –nivel del discurso: *qué dicen los actores*–; pero también se observaron y registraron diferentes situaciones de interacción –nivel de las prácticas: *qué hacen los actores*– (Reguillo, 1996: 101).

La primera instancia del trabajo de campo consistió en una observación etnográfica de la interacción, en una fábrica, de sus trabajadores con un equipo de apoyatura técnico-política, que se asemejó metodológicamente a un grupo de discusión (Russi Alzaga, en Galindo, 1998: 81). Esta primera “bajada al campo”, desarrollada en una empresa recuperada-autogestionada del sector metalúrgico ubicada en el partido bonaerense de Quilmes, se extendió diez semanas y permitió una descripción densa de las prácticas de esos trabajadores. La presencia recurrente en el propio lugar de trabajo hizo posible observar sus acciones habituales y detectar *ejes dilemáticos* que difícilmente hubieran aparecido en entrevistas.

La riqueza de ese registro etnográfico dio las pautas para definir las zonas de indagación de las entrevistas que se realizaron meses después. Permitted captar lo que no aparece tan fácilmente en una entrevista, que es otra forma válida de acercamiento al objeto de estudio, a la que se recurre porque demanda menos recursos y “consigue un empleo más eficiente del tiempo limitado del investigador” (Sierra, en Galindo, 1998: 309). La entrevista cualitativa o en profundidad (4) es “una narrativa, un relato de historias diversas que refuerzan un orden de la vida, del pensamiento, de las posiciones sociales, las pertenencias (...) Fragmentaria, como toda conversación, centrada en el detalle, la anécdota, la fluctuación de la memoria, la entrevista nos acerca a la vida de los otros, sus creencias, su filosofía personal, sus sentimientos, sus miedos” (Arfuch, citada en Galindo, 1998: 298).

Las quince entrevistas efectuadas tuvieron una duración promedio de 45 minutos y, si bien el material resultante de ellas siempre es un discurso, su indagación fue más allá del *decir*: en ese sentido, se buscó la mediación que implica el *decir sobre el hacer*, “basado fundamentalmente en el hecho de hablar con los interlocutores de lo que hacen y lo que son” (Sierra, en Galindo, 1998: 301).

Todas se llevaron a cabo en lugares que resultaban familiares a los entrevistados (en la mayoría de los casos, un sector de su lugar de trabajo) para soslayar factores inhibidores adicionales a la presencia del investigador. Se buscó garantizar la privacidad y evitar las interrupciones, de modo que los sujetos hablaran con fluidez, sin sentirse presionados por la presencia de compañeros u otros, y contando con un tiempo que permitiera generar un clima de confianza y distensión para el momento de buscar las respuestas más densas en términos valorativos.

El diseño atravesó todo el proceso, en contraposición con las perspectivas en las que las definiciones metodológicas están escindidas y anteceden al trabajo de campo, delimitando la captura de información. Se pautaron zonas de interés y estrategias de indagación para las entrevistas, pero eso no significó la aplicación de un cuestionario fijo.

La construcción de un marco teórico donde se dilucidaron conceptos claves (partiendo de la conceptualización de un escenario de crisis, los movimientos sociales emergentes y las sincronías latinoamericanas, hasta la caracterización de lo hegemónico y lo emergente al interior de las fábricas, pasando por *las nociones de comunicación, sujetos, prácticas, habitus, identidad/identificación, la política/lo político*, etcétera) también señaló la búsqueda de una perspectiva que articulara lo objetivo y lo subjetivo, lo macro y lo micro, sin que uno anule al otro; en fin, que imbricara del “análisis de las transformaciones socioeconómicas con la comprensión de los cambios culturales. Los estudios de la economía política y de la sociología deben complementarse con una mirada puesta en la cultura, en los microprocesos, en las biografías que alberga la historia. Y esa propuesta no implica recluirse en la antropología de lo local. A la inversa de lo dicho, el enfoque cualitativo que se detiene en los discursos y las prácticas de sujetos concretos no puede sostenerse aislado, despojado de la historicidad y las estructuras socioeconómicas que también las explican...” (Badenes, 2005: 58). Así –en una separación puramente analítica– una parte de la investigación atendió a las características macro-sociales, estructurales e históricas del

proceso de recuperación de fábricas; mientras otra profundizó la mirada en la cultura, se localizó en casos concretos e inquirió sobre la constitución de los sujetos, sus prácticas y los procesos de producción de sentidos sobre la identidad. Esta zona es la que se desarrolló más ampliamente, pues constituye el "aporte original" de la investigación.

Des/re-territorializaciones

El comportamiento capitalista, que siempre se guió por la búsqueda de lucro, se ha transformado y radicalizado, influido por el clima cultural de la modernidad líquida. Al *capitalismo liviano* o "suave" (Nigel Thrift) le corresponde una nueva actitud empresarial: la desaparición "al estilo Houdini" (Bauman, 2003: 161), según la cual una "capacidad de eludir, eludir y escapar" reemplaza "al compromiso de vigilar-supervisar-entrenar como primera característica y derecho del poder" (Bauman, 2001: 132).

Esto es posible debido a que el proceso/proyecto globalizador ha desterritorializado a quienes detentan el capital y el conocimiento, de modo que su localización geográfica es cada vez más irrelevante. "Los poseedores de poder económico y cultural no están espacialmente confinados; han cortado las ligaduras que los unían al «pueblo» en general, que *sigue siendo tan local como en la fase industrial de la construcción de las naciones*". Esta frase de Bauman (2001: 132-133), sin duda uno de los grandes *intérpretes* de nuestro tiempo, trasluce una crítica hacia las teorías que ven *todo* globalizado: es cierto que el capital se mueve sin fronteras, y cada vez más abandona sus negocios de un día para el otro; pero los trabajadores siguen ahí, en el espacio fabril, con presencia territorial y necesidades concretas.

Las autogestión, emergente de ese escenario de incertidumbre y desprotección, implica un proceso de reterritorialización (Ortiz, 1996), que no está exento de momentos dilemáticos, aunque estos no suelen ser reconocidos por cierta literatura idealizadora de los movimientos sociales. En un panorama abarcativo, el uruguayo Pablo Guerra caracteriza cuatro tipos de problemas que afrontan las denominadas *empresas recuperadas*: los pasivos de la gestión anterior (un problema propio de los casos charrúas), las dificultades para adquirir capital, la ausencia de políticas públicas y los "problemas vinculados a la gestión empresarial y la cultura organizacional". Sobre estos últimos afirma: "los trabajadores dominan muy bien sus capacidades de ejecución de tareas, pero no han sido capacitados y no tienen experiencia para las diferentes labores que implica la puesta en funcionamiento de una empresa desde el punto de vista integral. Ocurren problemas, además, que tienen que ver con el cambio drástico que significa tener que tomar decisiones, controlar el trabajo, etc." (Guerra, 2004: 18-20). La investigación comentada se ocupó de esta cuestión, situada en el terreno de *lo cultural*.

Los sujetos sociales que recuperaron empresas no nacieron con una cultura autogestionaria, sino que la van construyendo en el proceso. La compleja dinámica observada al interior de estas unidades productivas autogestionadas expresa la tensión entre:

- Un *modelo de organización en crisis* (que en el pasado fue hegemónico), caracterizado por la relación de dependencia obrero-patrón; según el cual la empresa es un espacio social dirigido por el capitalista, que planifica a largo plazo y mantiene con el trabajador un lazo relativamente sólido,

traducido en el vínculo *salarial*; y donde lo productivo se estructura según los principios de lo que se ha denominado *fordismo* y *taylorismo* (5); y

– *Las alternativas emergentes que lo contradicen* (prácticas autogestionarias).

El modelo hegemónico en crisis es parte de un *capital cultural incorporado* por los trabajadores, es decir, de lo que Pierre Bourdieu denominó *habitus*: esquemas de percepción, valoración y acción socialmente constituidos, que son “el principio generador y unificador del conjunto de las prácticas y de las ideologías características de un grupo de agentes”. Como “sistema de disposiciones” que *condiciona* (pero no *determina*), es aprendido en la experiencia de ocupar una posición social determinada pero opera de un modo no-conciente: “el *habitus* lo llevamos en la piel y en la córnea. No lo vemos ni lo sentimos, porque mediante él ‘vemos’ y ‘sentimos’” (González, 1994: 79).

Esto explica que las transformaciones culturales que se generan en la recuperación de fábricas estén cargadas de dificultades. Quienes recuperaron las empresas que antes los empleaban vienen de largos períodos de trabajo asalariado, en los que la propia organización de clase (el sindicato) aceptó las relaciones jerárquicas del modelo patronal: la autogestión implica, así, la confrontación con un *habitus* que condiciona la mirada y las acciones de los trabajadores.

Precisamente, lo que se observa en las prácticas concretas es la tensión entre una cultura laboral en crisis que persiste como imaginario instituido, y las prácticas alternativas instituyentes cuya internalización requiere tiempo y obliga a rever las formas en que los sujetos concebían a su trabajo e incluso su propia identidad.

En la investigación realizada se señalaron varios “ejes dilemáticos”, que aparecieron reiteradamente en el trabajo etnográfico y evidencian esa tensión: al mismo tiempo que muestran la dificultad de romper con el *habitus* salarial, expresan la emergencia de un cambio cultural generado en la autogestión. Entre estos ejes se encontraban la disociación de roles y espacios, la problemática del reparto del excedente y la toma de decisiones, puesta en relación con las prácticas de comunicación (Badenes, 2005).

El “cambio de mentalidad” –según palabras de los propios trabajadores– es al mismo tiempo *emergente* y *necesario*. Es decir: el propio proceso, aún sin previsión ni dirección, provoca transformaciones culturales en la contingencia; pero es indispensable una decisión colectiva de profundizarlas para fortalecer la organización autogestionaria.

La pregunta por la identidad

En tiempos de identidades (y modernidades) sólidas, el trabajo fue uno de los principales polos de identificación sobre los que los sujetos construían aquellas. El trabajo “estaba en la base de las formas de sociabilidad del modelo anterior” (Svampa, 2000: 16-17), y aún hoy mantiene una relevancia que han perdido otros mecanismos de integración como, por ejemplo, la política.

El origen de los procesos de recuperación de fábricas, iniciados en la búsqueda de la preservación del puesto de trabajo, implica que este movimiento surgió en *defensa de una identidad*. Esta afirmación no pretende explicar la acción de lucha en función de una reivindicación sociocultural: en general,

la resistencia del grupo de trabajadores se estructuró en torno a necesidades materiales más que simbólicas. Pero la preocupación por conservar el status o la identidad de trabajador también estuvo presente en el proceso. Lo que se trataba de cuidar, además del sustento económico familiar, era la definición como *ocupado*, evitando otras categorías asociadas por ellos a cierta in-dignidad (ser desocupados, cartoneros, vivir del Estado o incluso "*hacer de guardia de seguridad*").

Rebón (2004: 99) señala que "aun para aquellos provenientes de los estratos superiores de los asalariados", la recuperación fue "una alternativa válida de reproducir su identidad social, o parte de ella...". Esta última aclaración –"*una parte de ella*"– resulta sumamente adecuada. Porque mientras se evita pasar al otro lado de la dicotomía ocupado/desocupado, sí se produce un quiebre en la condición de asalariado. El trabajador sigue siendo ocupado, pero ya no como empleado de un patrón sino como parte de un colectivo que autogestiona una empresa.

Esta forma de conservar la ocupación pone en discusión, para algunos, el status de trabajador, en la medida en que entran en crisis sus definiciones clásicas: ya no se puede definir en oposición a un otro (la patronal) ni por una evidente desposesión de los medios de producción. La identidad construida pierde su alteridad fundamental: la condición de trabajador, aun cuando se mantenga y reivindique, ya no se puede definir por oposición a un otro presente en el mismo territorio, constituido por el *patrón*, que sólo puede mantenerse como antagonista durante el período de resistencia inicial, en aquellos casos que no se inician con un abandono liso y llano.

Entonces: lo que surge como un intento de preservación de una identidad social (en tanto trabajadores ocupados) quiebra otros aspectos de esa misma identidad y emergen, en el proceso de autogestión, nuevos polos de identificación de los sujetos. Por eso la pregunta sobre cómo los trabajadores de las fábricas recuperadas-autogestionadas construyen sentidos acerca de su propia identidad fue clave en la investigación.

En este punto, se trabajó fundamentalmente a partir de los aportes teóricos y metodológicos de Rossana Reguillo (1995), Gilberto Giménez (1997) y Stuart Hall (2003). Desechamos las concepciones *esencialistas* sobre la identidad, que la consideran un elemento claramente definido, homogéneo, puro, invariante; que piensan en una identidad "integral, originaria y unificada" (Hall, 2003: 13). En cambio, desde nuestra perspectiva teórica las identidades son contingentes, están en un proceso constante de construcción, y son de carácter intersubjetivo, relacional (Gimenez), estratégicas y posicionales (Hall). Cumplen un rol eminentemente político: la pugna por el sentido de las nominaciones es parte de la lucha por la hegemonía. En fin, la identidad es una cuestión de cultura, "se construye a partir de múltiples polos de identificación positiva y negativa, expresa atributos propios y pertenencias, participa de una disputa simbólica con el poder y otros significativos, y narra tradiciones y proyectos comunes. Los discursos alusivos a la identidad dan cuenta del ser y el querer ser que los sujetos definen y defienden para sí. La identidad se negocia en la comunicación y es, en fin, la capacidad de distinguirse y ser distinguido" (Badenes, 2005: 128).

Es imposible incluir aquí el análisis realizado sobre los discursos de los trabajadores respecto de distintos niveles en los que construyen sus identidades (Badenes, 2005: 97-131). Quizás el

más interesante es el referido a las pertenencias a categorías, colectividades o grupos sociales, cuya enunciación abarca:

- referencias “clásicas” de la identidad, como el grupo etario, la nación o la clase en términos abarcativos: es decir, la definición como *trabajadores*, aun cuando se vea redefinida por la autogestión (que establece una condición trabajador-empresario difícil de caracterizar y apropiar)
- la pertenencia al *barrio* o el *pueblo*, acentuada a raíz de las solidaridades cosechadas
- identificaciones novedosas, como que se establece muy fuertemente con la propia empresa (en un grado que dudosamente podría lograrse en el modelo patronal), que se patentiza en las construcciones de sentido sobre ella como un hogar (*“es mi segunda casa”*) o la asimilación del sonido fabril como una melodía placentera (*“uno quiere y conoce a cada una de las máquinas. Entonces que vuelvan a sonar es bueno, te hace sentir muy bien”*).

De este modo, además de las definiciones propias de una posición en la trama social (clase, generación), los principales polos de identificación tienen un correlato territorial concreto: la fábrica y el pueblo o el barrio. Cuando se indagan las construcciones identitarias con relación a pertenencias no territoriales sino institucionales, las representaciones suelen ser más variadas y menos potentes (así sucede respecto de lo sindical en buena parte de las experiencias).

En los casos argentinos, una referencia a espacios institucionales en los discursos de los sujetos aparece en relación con los movimientos o federaciones que aspiran a conducir el proceso de recuperación de fábricas. A diferencia del sindicato, cuya carencia de peso en las definiciones identitarias se explicaría por su propia pérdida de legitimidad y el abandono de la condición de asalariados de los trabajadores, sería lógico pensar una fuerte identificación hacia los movimientos; pues mientras la organización sindical es una herencia del modelo en crisis, estos espacios aspiran a nuclear lo emergente. Sin embargo, y al contrario de lo que la visibilidad pública del proceso sugeriría, no se observa una relación de pertenencia semejante a la que alcanza el barrio, la fábrica o la condición de trabajador. El vínculo con estas organizaciones es más utilitario: son percibidos como *“conseguidores de cosas”* y no tanto como polos constitutivos de una nueva identidad (Badenes, 2005: 110-114). Y en muchos casos, se han reproducido en esos espacios ciertas lógicas asociadas a la organización sindical: se forma un núcleo “dirigente” separado de las bases, que porta una idea consolidada de organización-dirección-planificación y aspira a un armado político que da prioridad a la cantidad de afiliaciones antes que a la calidad del vínculo, en la que radicaría la posibilidad de re-construir identidades fuertes. Por lo tanto, las adhesiones a los movimientos son temporales y flexibles, y suelen vincularse más a los respaldos, asesoramientos y servicios que ofrecen los “dirigentes” de cada espacio, que a convicciones ideológicas o a la intervención conciente en una disputa de liderazgos. Y en el fondo, los sujetos sociales involucrados en este proceso desconfían de todo aquello que implique institucionalización y defienden su autonomía como grupo, que sin duda está relacionada a la crisis de representatividad propia de la época.

Más allá de los movimientos, los trabajadores expresan una identificación más sólida *con el proceso* del que forman parte,

en un sentido generalizado. La pertenencia a ese proceso se basa en su semantización como una experiencia única, distintiva y novedosa de la que ellos formaron parte. En pocos casos implica, por ejemplo, una reivindicación de los principios del cooperativismo. Aunque algunos sí admiten una valoración de la cooperativa como forma de organización, otros rechazan una posible identificación con el "cooperativismo tradicional".

Un referente que pocas veces aparece como polo de identificación es la política, al menos como condición asumida: nadie se identifica con "ideologías" o "partidos", lo cual evidencia la crisis de representación que signa a un tiempo de "desapego a proyectos colectivos de dimensión política y (...) conformación del *nos* como plural provocando por ende fuertes estados de desafiliación" (Alfonso, Badenes y Catino, 2005).

De hecho, la mayoría de los entrevistados no asume el carácter político de ese proceso del que se declaran protagonistas, ni se reconocen como *sujetos políticos*: al contrario, plantean una notoria distancia y recaen en frases similares, fundadas en la negación: "*soy realmente a-política*", "*yo de política la verdad que no entiendo nada; no puedo dar mi punto de vista*" y otras donde la política aparece fuertemente asociada a los políticos y los partidos, y muchas veces la acción de éstos (y por ende, la política misma) se caracteriza como algo turbio o corrompido. Al respecto, Rossana Reguillo (1996: 437) explica que "el hecho de que el hablante no pueda «nombrar» su práctica como algo político tiene su raíz en ese mundo de la vida, donde la dimensión política ha sido expropiada del sentido cotidiano".

Pero si admitimos –como Reguillo– que *lo político* está más allá de la política-tradicional-institucionalizada y "adquiere corporeidad en las prácticas cotidianas" (1996: 89-90), la acción de estos sujetos sí pone en juego *lo político*, aún cuando no lo asuman explícitamente.

La paradoja del miedo

El análisis de las prácticas autogestionarias emergentes evidencia que es en ellas donde se condensa el potencial transformador del proceso de recuperación de empresas. Su desarrollo pone en tela de juicio formas patronales de organización empresarial. Es evidente que, aun cuando son incipientes y el *habitus* las condiciona, al interior de estas fábricas están en marcha transformaciones culturales: nuevas prácticas de solidaridad y comunicación, el resquebrajamiento de la clásica división taylorista del trabajo, la decisión colectiva de no repartir lo producido según jerarquías patronales, y la re-apropiación de saberes históricamente vedados por el capital, son buenos ejemplos de ello.

La mirada de la comunicación/cultura nos posibilita indagar estos cambios de largo aliento que suelen desatender a quienes promueven transformaciones sociales, cuyo desinterés sobre estos aspectos resulta un grave error, pues las sociedades más justas y solidarias no se establecen con actos legislativos, como podría ser una modificación de los regímenes de propiedad. Razeto Migliaro (2002) es claro en ese sentido: no se logran modelos alternativos si sólo se discute la relación de los hombres con los bienes económicos, y no se modifican las relaciones de los hombres entre sí.

No se trata de plantear una visión idealista. Como dijimos, las transformaciones culturales son lentas, complejas, dificultosas. Y no es esa la única limitación del proceso; si también

atendemos a un enfoque más estructural, complementario del enfoque “micro” sobre las prácticas. Indudablemente, estas empresas autogestionadas revisten escasa significación a nivel macro-económico –en nuestro país son unas 161 unidades productivas; alrededor de 9.100 puestos de trabajo (VVAA, 2005: 36)–; aunque no hay ninguna regla que requiera que un proceso sea extendido para ser estudiado, ni masivo para traer aparejadas transformaciones.

Cualquier fenómeno socioeconómico como el de las fábricas recuperadas, en la medida que mantenga sus principios solidarios y prácticas alternativas, padece hoy una contradicción con un modo global de organizar la economía bajo otros paradigmas. Por el momento, la autogestión de una fábrica bajo una forma cooperativa, como “modelo” alternativo, discute el cómo *producir*. No es poco, pero tampoco suficiente: aún está pendiente una revisión sobre el *qué* y el *para qué* producir. Los mecanismos de definición de lo necesario y lo rentable persisten en manos ajenas. Y actualmente, salvo ejemplos aislados (otra vez, sin peso macroeconómico) como ciertas experiencias de los movimientos piqueteros, no hay prácticas efectivas de organización colectiva de la demanda.

Sin embargo, hoy mismo la consolidación económica de muchas de estas empresas está patentizando que los “costos laborales” no eran la razón de nuestra impotencia productiva, como machacaba la voz del pensamiento único, sino que –al contrario– el gran problema era el *costo patronal*. El proceso, en fin, empieza a poner en cuestión la inevitabilidad de que un patrón mande y se apropie de los excedentes, y no es poca cosa.

En ese sentido, la experiencia de las fábricas recuperadas encierra una paradoja: las prácticas autogestionarias, que cuando se afianzan contradicen los principios del *homo economicus* del capitalismo, son “hijas no deseadas” de la ferocidad de ese modo de producir. Son el resultado del modelo de ajuste, privatización, re-regulación y concentración que durante años intentó justificarse como “única opción”.

Todos y cada uno de los trabajadores entrevistados en el trabajo de campo, argentinos y uruguayos, textiles y metalúrgicos, “calificados” y no tanto, explicaron de igual modo el motivo que los llevó a resistir, en lugar de salir a buscar otro empleador: *no había laburo en ningún lado*. Y admitieron que difícilmente lo hubiesen hecho en otra época. Pero frente a un sistema productivo devastado, el cierre de sus fábricas fue percibido como un sinónimo del fin del trabajo. El miedo al desempleo, que durante años fue el factor disciplinante que facilitó la precarización laboral, se volvió el catalizador de la resistencia cuando esa situación temida tocó las propias puertas. La recuperación de empresas a través de la autogestión es, en ese sentido, un producto del miedo. Esa es su paradoja.

En fin: la crisis, ese escenario cotidiano de nuestras *vidas líquidas*, es también el punto de partida de alternativas que sacuden el letargo que produjo en ciertos ámbitos la pretensión de un “pensamiento único”, y vuelven a potenciar nuestra imaginación, reencauzándonos otra vez hacia la(s) pregunta(s) acerca de otros mundos posibles.

Notas

(1) Si bien cada caso es único, porta una historia propia y tiene sus particularidades, al hablar de “fábricas recuperadas-autogestionadas” nos

referimos en términos generales a experiencias en las que los trabajadores se hacen cargo de empresas (en este caso del sector industrial) que fueron quebradas, vaciadas, cerradas o abandonadas por sus antiguos dueños. En un contexto donde la desocupación es masiva, los ex empleados resisten dentro o fuera de la empresa, defienden su fuente laboral, y terminan organizándose para producir en forma autogestionaria, en general adoptando la forma jurídica de una cooperativa de trabajo (en Argentina) o de producción (en Uruguay).

(2) Proyecto de investigación desarrollado desde 2003, inscripto en programa *Comunicación y Política* de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Director: Mg. Alfredo Alfonso. Coordinadora general: Prof. Magalí Catino.

(3) La tesis comentada fue defendida a mediados de 2005 ante un jurado integrado por los profesores Esteban Rodríguez Alzueta y Nancy Díaz Larrañaga. Los evaluadores valoraron "que la temática y el abordaje conceptual es claro, preciso y profundo. También que trasunta un amplio conocimiento del objeto y del terreno en estudio, sostenido en una argumentación esclarecedora". En su dictamen señalan que "la metodología seguida es adecuada al objeto y el enfoque del mismo. Se realiza un importante recorrido bibliográfico, ligado a un muy buen trabajo de campo que recupera el punto de vista de los actores involucrados". Por eso, "el jurado considera que esta tesis por la complejidad de la temática tratada podría inaugurar un campo de investigación para futuras tesis que abordarán aspectos específicos".

(4) Aunque algunos metodólogos plantean matices, aquí consideraremos ambos términos como equivalentes. El propio Francisco Sierra, en cuyo texto metodológico se basó nuestra conceptualización sobre la entrevista cualitativa, reconoce que "numerosos autores equiparan la entrevista en profundidad con la entrevista cualitativa, incluyendo en su tipología bajo este concepto la entrevista enfocada y otras variantes" (en Galindo Cáceres, 1998: 300).

(5) Está claro que en la segunda mitad del siglo XX y lo que va del XXI han surgido variantes en el modo de organización de la producción (toyotismo, posfordismo), que se presentaron como "superadoras" de la cadena de montaje fordista y la división del trabajo taylorista. No obstante, consideramos que lo central de esa estructuración de lo productivo aún siguió vigente, especialmente en las fábricas que serán objeto de recuperación/autogestión por parte de sus trabajadores. Reconociendo la existencia de otros planteos, tomamos el fordismo-taylorismo como la expresión más acabada o pura del modelo salarial y la institucionalidad moderna en crisis.

Bibliografía

ALFONSO, Alfredo y Magalí CATINO (2002). "Una mirada sobre los procesos de constitución de los sujetos desde un abordaje comunicacional y educativo. El movimiento murguero de La Plata". *Tram(p)as de la comunicación y la cultura*, año I, número 1, Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP, abril/mayo.

ALFONSO, Alfredo, Daniel BADENES y Magalí CATINO (2005). "Procesos de autogestión de fábricas: memoria, cultura y politicidad". En: *Anuario de Investigaciones 2004*, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.

ARGUMEDO, Alcira (1996). *Los silencios y las voces en América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional.

BADENES, Daniel (2005). *Comunicación e identidad en fábricas recuperadas-autogestionadas* (Tesis de Licenciatura). Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, junio.

BASUALDO, Eduardo (2001). *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

BAUMAN, Zygmunt (2001). En busca de la política. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

BAUMAN, Zygmunt (2003). Modernidad líquida. Buenos Aires, FCE.

CASTORIADIS, Cornelius (1997). El avance de la insignificancia. Buenos Aires, Eudeba.

ENCUENTRO Latinoamericano de Empresas Recuperadas por los Trabajadores (2005) "Compromiso de Caracas en la ruta de la integración latinoamericana". 29 de octubre.

GALINDO CÁCERES, Jesús –coordinador– (1998). Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación. México, Adisson Wesley Longman.

GONZÁLEZ, Jorge (1994). Más (+) cultura(s). Ensayos sobre realidades plurales. México, Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

GRIMSON, Alejandro –compilador– (2004). La cultura en las crisis latinoamericanas. Buenos Aires, CLACSO.

GUERRA, Pablo, Juan Pablo MARTÍ y Carlos AMORÍN (2004). Empresas recuperadas. Entre la reflexión y la práctica. Instituto Cohete - Nordan Comunidad.

HALL, Suart y Paul DU GAY –compiladores– (2003). Cuestiones de identidad cultural. Buenos Aires, Amorrortu.

LAVACA (2004). Sin Patrón. Fábricas y empresas recuperadas por sus trabajadores. Una historia, una guía. Buenos Aires, Lavaca editora.

ORTIZ, Renato. (1996). Otro territorio. Universidad Nacional de Quilmes.

RAZETO MIGLIARO, Luis (2002). Las empresas alternativas. Montevideo, Nordan Comunidad.

REBÓN, Julián (2004). Desobedeciendo al desempleo. Buenos Aires, Ediciones PICASO / La Rosa Blindada, Colección Cuadernos de Trabajo N° 2.

REGUILLO CRUZ, Rossana (1995). En la calle otra vez. Las Bandas: identidad urbana y usos de la comunicación. Guadalajara, ITESO.

REGUILLO CRUZ, Rossana (1996). La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación. Guadalajara, ITESO.

SAMAJA, Juan (1997). Epistemología y metodología. Eudeba.

SVAMPA, Maristella (2000). Desde abajo. La transformación de las identidades sociales. Biblos – Universidad Nacional de General Sarmiento.

VV.AA. (2005). Las empresas recuperadas en la Argentina.

Informe del Segundo Relevamiento del Programa Facultad Abierta. Facultad de Filosofía y Letras, SEUBE, UBA.

WALDMAN, Gilda (2005). "Modernidad(es) y figuras sociales. Encuentros y desencuentros de un viejo narrador (imaginario) con Zygmunt Bauman". Revista Anthropos-Huellas del conocimiento, N° 206.

ZIBECCHI, Raúl (2003). Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento. La Plata, Piedra Libre.